

THE GUN GUITAR

Era el Guitar Hero Number One, el Dios de la guitarra eléctrica. Era el músico más rápido con los dedos, el que punteaba los agudos más imposibles, el que más escalas tocaba en el menor tiempo posible. Se creía el mejor, se sabía el mejor, se sentía el mejor. ¿Los solos de Jimi Hendrix, Eric Clapton, Joe Satriani? Restos de un pasado imperfecto que nada tenían que hacer ante su pulida y majestuosa técnica. Pasmaba a propios y extraños. Su guitarra escupía notas de emoción, buenas vibraciones, música de verdad. Los pelos como escarpías de los fans así lo demostraban. Él y su banda, los “Flying Coqs”, agotaban entradas, abarrotaban estadios, asombraban con su volumen brutal, deslumbraban con sus juegos de luces y pirotecnias variadas, y fascinaban con la bola de energía que llegaban a engendrar para que más de treinta mil personas sacudieran la cabeza a la vez. Pero lo mejor de los conciertos era el trote dactilar, como zapateado flamenco, de los dedos de nuestro héroe, por el mástil y las cuerdas. Esa concatenación mágica entre manos y guitarra era El Espectáculo Total.

Tras años de éxitos, grandes ventas de discos, recaídas y rehabilitaciones variadas en las drogas y el alcohol, y una decadencia miserable de su carrera artística, nuestro héroe decide que es el momento de estrenar un nuevo elemento para su retorno a los escenarios. En secreto se ha hecho construir una guitarra con forma de escopeta que dispara balines de goma dura a la velocidad de una ametralladora. Decide que el sitio adecuado para estrenarla es frente a más de cien mil personas; en la nueva edición del concierto de Woodstock al que han sido invitados como cabeza de cartel. Su regreso será lo más sonado de los últimos lustros. Retomará su carrera con más fuerza si cabe y volverá al pedestal de donde nunca debió haber caído.

Comienza el concierto. Las manos suben al cielo, las guitarras rugen, la batería martillea los tímpanos de los espectadores. El sonido y las luces cegadoras arrasan todo a su paso como si de una explosión nuclear se tratara.

Tras una hora de candente Rock’n Roll y tras interpretar algunos de sus temas más conocidos como “Smokin’ Kisses” o “Fuckin’ Proud of my Flying Coq” nuestro héroe desenfunda ante el excitado público el secreto mejor guardado del mundillo del Rock’n Roll. ¡The Gun-Guitar! El cuerpo y la caja de la flamante guitarra es una réplica de la culata de una escopeta en color dorado, con lentejuelas que la hacen brillar cual

aparición mariana y completada con un dibujo de una calavera y dos tibias. Detrás del mástil, tras un hueco para los dedos, dos tubos metálicos en forma de cañón sobrepasan el clavijero. Hasta los compañeros de la banda, perplejos, admiran embelesados la aparición de esta diosa de las seis cuerdas, pues no conocían las intenciones del “Jefe”. Este, subido a un cajón metálico, con un número uno formado por potentes bombillitas doradas, exhibe ante el enfervorizado público la nueva maravilla de la creatividad rockanrolera mundial, a la manera de un boxeador enseñando su cinturón de campeón del mundo. Unos fuegos artificiales explotan tras él y da comienzo la canción. Para ello, que mejor que interpretar su fantástico éxito “I’ll Kill you”.

En el momento más salvaje y turbador de la canción, y tras otro de sus insólitos y siempre especiales vuelos digitales por el mástil, el héroe hace aparecer bajo la cajaculata, un gatillo de grandes dimensiones y un tambor de de balas como los usados por los esbirros de Al Capone en el Chicago de los años 20. El público delira mientras batería, bajo y guitarra rítmica machacan los oídos de los allí presentes con un endiablado ritmo de blues acelerado. Unos platos hechos de azúcar son lanzados al aire por los técnicos de efectos especiales, como si de una competición de tiro se tratara. La vajilla voladora planea alto sobre la cabeza de los asistentes y nuestro héroe dispara con su guitarra-escopeta. Uno tras otro se rompen en mil pedazos y los cachos son recogidos del suelo o agarrados en el aire por la multitud asistente que se los zampa sin miedo, ni asco alguno. Y nuestro héroe, extasiado ante el entusiasmo reinante, comienza a disparar hacia arriba indiscriminadamente. Parece que estuviera haciendo otro de sus punteos mágicos; aquellos en los que usaba la guitarra como una prolongación de su pene. Algunos platos sin destrozar son cazados al vuelo como frisbees por los fans. Otros golpean en la cara a más de uno, rompiendo mandíbulas, dientes y cabeza del extasiado público, amén de originar una partida de heridos y desmayados que empieza a preocupar a los de seguridad. Y de pronto, los disparos locos del Guitar-Hero, aciertan a romper una cuerda que sostiene en el aire y con un movimiento pendular una gran bola de corcho en bruto de más de 20 kilos de peso, preparada para caer sobre unos grandes muñecos con el rostro de políticos conocidos como final de fiesta previo al segundo y último bis.

La gran bola vuela. El héroe dispara a diestro y siniestro. Los espectadores asisten atónitos al vuelo de la fiel reproducción de la bola de acero derriba-muñecos. Roadies, técnicos de sonido, de iluminación, ayudantes, todos, miran paralizados la caída de la esfera, algunos se llevan las manos a la cabeza. Y la banda continua

masacrando sin pudor los instrumentos. Y nuestro héroe colocado ante los fantoches políticos y en medio justo del camino de caída de la bola recibe un tremendo golpe, y es arrastrado y expulsado violentamente del escenario. Su cuerpo traspasa el gran dibujo del fondo del escenario con el logotipo del grupo y se estampa cual monigote con guitarra incrustada, contra el muro que va a dar a los camerinos. Cae al suelo resbalando por la pared blanca y dejando un gran rastro de sangre. El gentío ruge enfervorizado. Los músicos siguen tocando. Una vez más la comunión entre público y artistas es total.

JB 2011